



Lit. Iberica de F. Rodriguez. Madrid.

MUJERES CÉLEBRES

SANTA ENGRACIA

SANTA ENGRACIA.

I.

En la célebre Brácara, que los romanos engrandecieron con el título de *Augusta*, haciéndola cabeza de un importante convento jurídico que estendia su jurisdicción á veinte y cuatro ciudades, nació, segun el parecer mas generalmente seguido, la vírgen Engracia, que por su inquebrantable fè, por sus piadosas virtudes y por sus terribles martirios alcanzó la gloria de la santidad ¹.

Adecuado á su pureza virginal, Eneratis ó Eneratide, en griego *continente* ó *casto*, dícese fué el primitivo nombre de la Santa, y elevado el rango de su cuna, pues su padre Oteomero debió ser uno de los antiguos jefes lusitanos, á quienes los hijos de Rómulo conservaron una sombra de su antiguo poderío, en cambio de la verdadera dominación que les impusieron.

¹ Difieren los historiadores acerca de la verdadera patria de Santa Engracia; pero la mayor parte, apoyándose en antiguos breviarios de las iglesias, donde se celebra el oficio de la Santa, y en el parecer de Rivadeneira, Villegas, Ambrosio de Morales, y otros no menos dignos de crédito que les siguen, sostienen que nació en Brácara, hoy Braga. Los que afirman que nació en Zaragoza, se apoyan en una estrofa del himno de Prudencio que dice:

Hee sub altari sita sempiterno
Lapsibus nostris veniam precatur
Turba, quam servat procerum creatrix
Purpureorum.

Pero como estas palabras pueden referirse al martirio que en Zaragoza sufrieron, Engracia y sus diez y ocho compañeros, por cuyos padecimientos nacieron espiritualmente para la vida eterna, no ofrecen testimonio bastante esplicito para quitar á Braga la posesión en que hace siglos se encuentra, del glorioso timbre de haber servido de cuna á la hija de Oteomero.

Cristiana desde su infancia, aunque no consten los medios de que se valió el Altísimo para que la verdad eterna iluminase con sus puros fulgores el corazón de Engracia, creció adornada de todas las virtudes, y fiel al voto que había formado de vivir en perpétua castidad.

Algunos autores, aunque contradichos por otros, afirman, que Engracia, prometida por su padre á Eudon, llegó á Zaragoza, acompañada de diez y ocho personas que formaban su comitiva, y que el objeto de su viaje era el de reunirse al esposo con quien Oteomero, ignorando el voto de su hija, pretendía enlazarla; pero sin que entremos ahora en largas discusiones sobre este punto, es lo cierto que hallamos á la santa y á los diez y ocho mártires, en testimonios irrecusables, padeciendo el martirio en Zaragoza, sin que necesitemos, para describir su gloriosa muerte, conocer el motivo que les trajo á la ciudad cesárea ¹.

Agitábanse á la sazón con todo su feroz encono las iras de Daciano, en la última, pero la mas terrible persecución que sufrió el cristianismo, de la caduca gentilidad; y los cesaraugustanos, que habían tenido ocasión de conocer las raras prendas de caridad y virtud que adornaban á Engracia, quisieron á toda costa librarla de la muerte, ocultándola en las subterráneas criptas ó catacumbas, donde á despecho del Prefecto celebraban los ritos de la santa Doctrina.

¡Vano empeño! el heroico valor de la virgen se avenia mal á huir del tormento por temor al castigo; y sereno el rostro, tranquilo el corazón, recorría las calles de la ciudad, cuando escuchó la voz que publicaba los terribles decretos imperiales contra los cristianos.

Aquel pregon, que resonaba en el foro como un eco de muerte, fué el providencial estímulo, que determinó en la virgen Engracia el santo propósito de dar la vida en testimonio de su creencia.

Así es que animada por ese inquebrantable valor que únicamente presta la fé, se presentó á Daciano, y con la elocuencia que Dios

¹ Los nombres de los diez y ocho mártires dice que eran: Lupercio, Optato, Succeno, Marcial, Urbano, Julia, Quintiliano, Publio, Frontón, Félix, Ceciliano, Ebeneio, Primitivo, Apodemio, Matutino, Casiano, Fausto y Januarió.

pone siempre en boca de sus escogidos, le demostró la injusticia de su conducta, y la santidad de la Religión, que vanamente perseguía.

En vano el Prefecto amenazó á Engracia con horribles tormentos, precursores de una penosa muerte. La valerosa virgen despreció sus amenazas, fija la vista en el cielo, y sufrió resignada los azotes con que hirieron su cuerpo, despues de haberla atado á una columna ¹. No contento Daciano con tan bárbaro como inmerecido castigo, mandó que la colgasen de un aspa, y que con uñas de acero desgarrasen las carnes de la virgen; y ejecutaron los crueles verdugos con tan bárbaro encono las órdenes del Prefecto, que no hubo miembro alguno del virginal cuerpo, que no quedase destrozado

Barbarus tortor latius omne carpsit;
Sanguis impensus, lacerata membra;

como escribe el poeta cristiano Prudencio.

Cortáronla los pechos, dejando casi descubierto el corazón

Pectus abscissa patuit papilla
Corde sub ipso,

y penetrando las aceradas puntas, sacaron enredada en ellas una parte del hígado, que se conservó muchos años con el mismo instrumento del martirio, segun el mismo Prudencio testifica.

Vidimus partem jecoris revulsam
Ungulis longè jacuisse pressis.

No era posible que humanamente pudiese vivir la atormentada virgen, despues de tan terribles heridas: destrozado el cuerpo, mutiladas sus entrañas, descubierto el corazón; pero el Señor en sus inescrutables arcanos, conservó su existencia, despues de haber

¹ En la cripta de Santa Engracia en Zaragoza, consérvase la columna de mármol, donde segun piadosa tradición fué atada la virgen lusitana: posteriormente, y como los fieles se llevasen para reliquias pedazos del venerado pilar, se le mandó cubrir de hierro.